

tan mal como muchos de sus colegas la obligación del celibato; pero, á pesar de su vida aseglarada, siempre conservó, sin embargo, cierta gravedad y un fondo mejor, según que más adelante había de manifestarse (1). Grande aprecio merece Juliano como favorecedor de los artistas, á los cuales no olvidó nunca, ni aun en los más azarosos tiempos de su vida (2). En Aviñón se ve todavía actualmente el palacio episcopal construído por Juliano (ahora asiento del seminario), con sus colosales armas. Más adelante se ocupó principalmente en la construcción de su fuerte castillo de Ostia (3). Casi todos los cardenales atendían generalmente á construir edificios de índole eclesiástica y secular (4); no pocos de ellos mostraban particular interés por la Antigüedad clásica; y cuánto caso se hiciera de esta última lo muestra el hecho de que, un prelado tan piadoso y grave como Francisco Piccolomini, no tuviera dificultad en exponer, en su magnífico palacio, el conocido grupo de las Tres Gracias (5). El teatro se vió particularmente favorecido por el cardenal Rafael Riario (6), y muchos de los miembros del Sacro Colegio se entregaban á la caza. Cuán lujosa y pródiga hubiera venido á ser la vida de los más de aquellos «príncipes de la Iglesia», por ventura ninguna cosa lo muestra mejor que el hecho de haberse establecido en la capitulación electoral de 1484, como cantidad media para el mantenimiento de cada cardenal, la suma enorme de 4,000 ducados (según el valor actual de la moneda 200,000 francos) (7).

El poder de los cardenales se había acrecentado en tales términos, por la acumulación de prebendas y obispados extranjeros, y por sus alianzas con príncipes poderosos, que amenazaba innegablemente el peligro de verse los papas sometidos al Sacro

(1) Julián de la Róvere tenía tres hijas (v. Luzio-Renier, Mantova e Urbino 159) y padecía de *mal francese*, v. Sanuto VII, 32, Pélissier, Textes 545, y un *despacho del embajador de Mantua, fechado en Roma á 25 de Enero de 1506. *Archivo Gonzaga de Mantua*. No se puede demostrar que Julián estuviese dado al vicio nacional de la Grecia, como decían de él sus encarnizados enemigos políticos; v. Sybels, Hist. Zeitschr. XXXVII, 305 y abajo lib. 3.

(2) Müntz, Raphael 269 s.

(3) Cf. nuestras indicaciones vol. IV, p. 439, y Arch. d. Soc. Rom. XX, 84 s.

(4) Cf. el resumen en Müntz, Les arts 22 ss.

(5) V. Albertini 23. Sobre las estatuas de los palacios romanos, cf. Gori, Intorno a un opuscolo intitolato Antiquarie Prospettiche Romane composte per Prospettivo Milanese dipintore. Roma 1876.

(6) Cf. arriba p. 337 y Müntz, Les arts 43.

(7) Cf. arriba p. 253.

Colegio. ¡Cuán inconveniente no fué el influjo que ejerció durante el reinado de Inocencio VIII Juliano della Róvere! La manera autoritativa con que procedía por sí y ante sí, era casi inaudita; llegando, en tiempo de la guerra de los barones napolitanos, á secuestrar por su propia autoridad un correo del Duque de Milán y tomarle sus papeles. Los enviados de Milán, Florencia y Ferrara se quejaron entonces, diciendo: que les bastaba un Papa, y que con dos tenían demasiado (1).

Un historiador moderno compara á los cardenales aseglarados y principescos de aquella época, con los senadores de la antigua Roma. «Casi cada uno de ellos estaba rodeado, como el Papa mismo, de una curia y de nepotes; andaban ó cabalgaban con traje guerrero, llevando al cinto preciosas espadas; en el palacio de casi todos los cardenales, vivía una tropa de servidores compuesta de varios centenares de personas, los cuales podían aumentarse fácilmente con los *bravi*. A esto se añadía el partido que tenían en el pueblo, al cual daba pábulo la corte del cardenal. Casi cada uno de aquellos príncipes de la Iglesia tenía una facción, y andaban á porfía entre sí en desplegar esplendidez, principalmente en las cabalgatas y en los juegos del Carnaval, en los que disponían á su costa carros triunfales con máscaras, coros de cantores y comediantes, y los hacían recorrer la ciudad. Los cardenales obscurecieron entonces á la Nobleza romana» (2). Su solicitud por el cultivo de la literatura y las artes, de cuyo ornato ninguna persona elevada hubiera prescindido en la época del Renacimiento, es el único punto luminoso en el proceder de aquellos príncipes de la Iglesia, cuyo aseglaramiento estaba en una contradicción por extremo ofensiva con su eclesiástica dignidad. No sólo entre los extranjeros producía justificado escándalo la vida de aquellos indignos prelados (3), sino también los naturales, principalmente

(1) Sobre este influjo, cf. arriba p. 260. La queja de los embajadores puede verse en Cappeli 48.

(2) Gregorovius VII^o, 280. Cf. Artaud 166. El pasaje relativo á las diversiones del carnaval se halla en la nueva edición de Infessura, 265.

(3) Tampoco faltaron algunos que tomaron ocasión de la conducta escandalosa de ciertos cardenales, para condenar la institución eclesiástica del Papado. En este sentido se expresó, de vuelta á su tierra, el canónigo Doctor Teodorico Morung, que por la primavera de 1485 había estado en Roma, para tratar negocios concernientes á la diócesis de Bamberg; v. Kraussold, Th. Morung II, (Bayreuth 1878), 76 y supl. VII, y J. Schneider, en el Archiv für Gesch. von Oberfranken XVII (1888), 5 s.

los grandes predicadores de penitencia (1), se expresaban en los términos más acerbos. A todos sobrepujó en este respecto el dominico Jerónimo Savonarola; el cual, en sus predicaciones, y especialmente en sus profecías, describe la más viva imagen que pensarse puede de la corrupción que había en la Iglesia, enlazando con ello la predicción de los castigos divinos (2).

El presentimiento de un castigo inminente se apoderó también del ánimo de otros contemporáneos: terribles profecías sobre la ruina de todo lo existente, y el escarmiento del corrompido clero, andaban de boca en boca (3), y los profetas publicaban sus vaticinios. En el año de 1491 se presentó uno de éstos en Roma.

Un contemporáneo describe á aquel predicador, pobremente vestido, y con una pequeña cruz de madera en la mano, asegurando que era muy elocuente y de elevada formación científica. En tono profético decía á la muchedumbre que se juntaba en torno de él en las plazas públicas: «¡Romanos: en este mismo año tendréis mucho que llorar, y vendrá sobre vosotros una gran tribulación; en el año próximo se extenderá esta tribulación sobre toda Italia, y en 1493 aparecerá finalmente el Pastor Angélico que, sin soberanía temporal, no buscará sino la salud de las almas (4).»

Hacían una impresión incomparablemente mayor las profecías que anunciaba Savonarola, y ellas fueron sin duda propiamente lo que comunicó á sus predicaciones, á sus escritos y á todo su proceder, tan extraordinaria fuerza. Muchos de sus vaticinios eran la explicación de visiones que pretendía haber tenido. En el año 1492 tuvo, en tiempo de los sermones de Adviento, un ensueño que tomó por indudable revelación divina. Parecióle como si viera en medio del cielo una mano con una espada, en la cual estaba escrito: «Pronto y aceleradamente descenderá la es-

(1) Cf. arriba p. 197 s.

(2) El poema de Savonarola, *De ruina ecclesiae* (1475), está lleno de las pinturas más sombrías; se halla en un opúsculo, que ha sido publicado por Guasti en número de 250 ejemplares solamente, con el título: *Poesie di Fra G. Savonarola* (Firenze 1862) 10-15. Cf. arriba p. 205.

(3) Cf. Malipiero 372. Los versos citados en este pasaje son más antiguos; su texto es diferente en un manuscrito de la biblioteca vaticana, v. Berger en la *Bibl. de l'École d'Athènes et de Rome VI* (1879), 1-2.

(4) *Infessura-Tommasini* 264-265.

pada del Señor sobre la tierra». Al mismo tiempo oía clara y definitivamente muchas voces, que prometían á los buenos misericordia y amenazaban á los malos con castigos, exclamando que la ira de Dios estaba próxima. Súbitamente se volvió la espada contra la tierra, obscurecióse el aire, llovieron espadas, saetas y fuego, retumbaron terribles truenos, y la guerra, el hambre y la peste desolaron toda la tierra (1).

(1) Villari P, 165-166.